

El sistema alimentario y el cambio climático – los esfuerzos de los trabajadores/as como palanca para combatir las temperaturas en alza y asegurar el sustento



Los efectos devastadores del cambio climático ya nos han llegado: tormentas extremas, sequías y lluvias; modificaciones en los patrones de la vegetación y erosión de los suelos; una pérdida acelerada de la biodiversidad; y migración impulsada por el clima. La variación de un grado Celsius atribuible a la actividad humana ha sido suficiente para derretir el 80% del hielo en el Ártico desde 1980. Para limitar el incremento global a 4 grados – un aumento que causaría innumerables daños – se requerirían profusos esfuerzos que no están a la vista.

Actualmente las temperaturas globales se elevan 50 veces más rápido de lo que se ha podido ver en la historia humana en los últimos 11.000 años. Una vez puesto en marcha, el calentamiento global se alimenta a sí mismo, limitando la absorción natural de los gases de invernadero y emanando grandes cantidades de metano y dióxido de carbono. Hoy día los expertos en cambio climático hablan de un incremento previsto de 5 a 6 grados Celsius.

A medida que el clima se torna más volátil y más precario, lo mismo sucede con la producción de alimentos y, con ello, los sustentos y el trabajo. El empleo agrícola es afectado inmediata y directamente por la creciente incidencia de tormentas tropicales, la progresiva erosión de los suelos, la desertificación y las inundaciones. Los menores rendimientos debido a las temperaturas en alza – ya evidentes en ciertas áreas de cultivo del té, por ejemplo – pueden tener un impacto devastador en los salarios de los trabajadores/as agrícolas que ya viven marginados.

El papel de la agricultura

No se ha enfatizado ni subrayado suficientemente el aporte del sistema alimentario al calentamiento global. La agricultura se torna cada vez más precaria como consecuencia directa del modelo predominante de producción, un modelo que es la fuerza impulsora del ascenso de las temperaturas globales. En tanto que hasta hace poco gran parte del debate sobre los alimentos y el calentamiento global se centraba en el transporte (“millas que recorren los alimentos”), la mayor contribución del sistema alimentario a la producción de gases de efecto invernadero (GEI) ocurre *antes* que los alimentos salgan del portón de la explotación agrícola.

Según el informe ‘*Stern Review 2006*’ sobre la Economía del Cambio Climático, la agricultura y el uso de la tierra (principalmente en agricultura y forestación) responden en conjunto por 32 por ciento de las emisiones de GEI – de lejos mucho más que cualquier otra industria o sector individual (‘*Stern Review*’ ubica a la industria y al transporte en 14 por ciento cada uno – y a los productos para la agricultura, como fertilizantes y plaguicidas, los clasifica bajo la industria en este informe). Otros estudios revelan resultados similares. *Si se contabiliza la elaboración, transporte, empaque, desechos, etc., el sistema alimentario es responsable de 40 por ciento llegando a tanto como 57 por ciento de todos los GEI.*

La raíz del problema: monocultivos intensivos

La fuerza que impulsa las emisiones de GEI en la agricultura radica en la expansión e intensificación de monocultivos con altos insumos, orientada a la exportación y con un uso intensivo de combustibles fósiles, que transfiere los costos, incluso el costo del cambio climático. La mayor parte de la deforestación, que responde por 18% de las emisiones de GEI, está vinculada a la expansión de los monocultivos, cuyo mejor ejemplo conocido es el de la soja en la cuenca del Amazonas.

Además de los altos niveles de gases de invernadero, este método de producción acelera la ya rápida pérdida de la biodiversidad, que es el fundamento de la vida y de los alimentos. Promueve la destrucción de la materia orgánica de la tierra, dando lugar a la erosión de la capa superior del suelo, inundaciones y al agotamiento de las fuentes subterráneas de agua. Cuanto más se expande el monocultivo intensivo, mayor es la vulnerabilidad del sistema alimentario a los estallidos climáticos y biológicos. Estos estallidos repercuten con su mayor impacto sobre los pobres y los hambrientos – de los cuales más de la mitad son productores de alimentos.

Según *'Stern Review (Anexo 7.g) Emisiones del sector agrícola'*: “Los fertilizantes son la principal fuente (38%) de emisiones por parte de la agricultura. Se prevé que las emisiones agrícolas se eleven casi a 30% en el período hacia 2020. Se previene que aproximadamente la mitad del crecimiento proyectado de emisiones provenga del uso de fertilizantes en suelos agrícolas”. El óxido nitroso es un GEI 296 veces más potente que el dióxido de carbono.

Las escorrentías de los fertilizantes con nitrógeno son una de las fuerzas impulsoras de la eutrofización que promueve la cantidad de algas, que agota el oxígeno del agua y elimina especies vegetales y animales en aguas dulces y en las zonas costeras. La contaminación total del agua, a su vez, contribuye al calentamiento global.

La tecnología de manipulación genética: una solución falsa

Sólo la fabricación de plaguicidas da lugar a más de un 16% del insumo de energía para las cosechas arables. A medida que los agroquímicos se tornan más complejos y más tóxicos en respuesta a rendimientos menores, se eleva el insumo de energía en su producción.

Las afirmaciones respecto a que las tecnologías de manipulación genética (GM, sigla en inglés) conducirán a un uso reducido de agroquímicos son simplemente falsas. Los crecientes cultivos de maíz, soja y cosechas de algodón genéticamente modificados y patentados por sus propiedades ‘resistentes a los plaguicidas/herbicidas’ (como la soja Roundup Ready y el maíz Bt de Monsanto) han *incrementado* la utilización de herbicidas y plaguicidas en términos absolutos y por unidades de tierra. Un estudio acreditado publicado el año pasado por Charles Benbrook, un profesor investigador en el Centro para la Sustentabilidad de la Agricultura y los Recursos Naturales en Washington State University (EE.UU.), reveló que el uso de ‘superhierbas’ resistentes a los herbicidas estaba aumentando las aplicaciones de herbicidas un 25% por año en Estados Unidos. También se están incrementando las aplicaciones de insecticidas, dado que las plantas genéticamente modificadas y desarrolladas para ser tóxicas a los insectos están acelerando la propagación de nuevas especies resistentes a las toxinas protegidas por las patentes.

No sólo tienen diversas fórmulas de los agroquímicos –tal como el glifosato de Monsanto -- se volvieron más tóxicas en respuesta a los rendimientos decrecientes. Ha tenido lugar un reemplazo gradual de químicos que emiten más GEI por otros que contaminan menos. El fluoruro de sulfuro, por ejemplo, que se usó originalmente como un plaguicida anti-termita para fumigaciones bajo techo, ha cobrado un uso generalizado como fumigante de alimentos a raíz de la eliminación gradual del bromuro de metilo que destruye la capa de ozono. Según el Dr. Brian Hill, un científico de la Red de Acción en Plaguicidas, *el fluoruro de sulfuro es 4.780 veces más potente como gas de efecto invernadero que el dióxido de carbono*. Actualmente sus fabricantes están promoviendo su uso como un agente ‘esterilizador del suelo’ – ¡en tanto que la agricultura saludable depende de maximizar la materia orgánica del suelo!

Policultivos – ¡la alternativa a ingerir petróleo!

Debido a que literalmente comemos petróleo, la agricultura está atrapada en la ascendente curva de precios de la dependencia de los combustibles fósiles. En 2007, por ejemplo, cuando el petróleo trepó de USD 50 a USD 140 por barril, el precio del fertilizante de amoníaco para los granjeros de EE.UU. subió de USD 200 por tonelada a más de USD 1.300.

El antídoto al monocultivo –emisor intensivo de GEI-- no es una maniobra técnica exótica o costosa o un remedio protegido por patentes. Es un secreto a voces: ***el policultivo es la alternativa probada y necesaria para el monocultivo***.

Se pueden lograr inmediatamente drásticas reducciones en las emisiones de gases de efecto invernadero mediante multicultivos, la producción mixta de ganado y cereales y los sistemas de rotación que utilizan cosechas de captura y cobertura para controlar plagas, reduciendo las emisiones de GEI con rendimientos equivalentes o superiores. Las técnicas sustentables de insumos de baja intensidad enriquecen la materia orgánica del suelo, preservan la biodiversidad, conservan la capa superior del suelo y el agua – y con el apoyo adecuado pueden generar empleo rural social y ecológicamente sustentable.

Según la acreditada Evaluación Internacional de Naciones Unidas sobre el Conocimiento, Ciencia y Tecnología en el Desarrollo Agrícola (IAASTD) “Los ecosistemas agrarios inclusive de las sociedades más pobres tienen el potencial, mediante la agricultura ecológica y la Gestión Integrada de Plagas, de satisfacer o exceder significativamente los rendimientos producidos por métodos convencionales, reducir la demanda de la conversión de tierras para la agricultura, rehabilitar los servicios del ecosistema (en particular, el agua), así como disminuir el uso y necesidad de fertilizantes sintéticos derivados de combustibles fósiles y a la vez de fuertes insecticidas y herbicidas”.

El combate por la agricultura sustentable es al mismo tiempo una lucha para defender el empleo rural. En Brasil, cada 8 hectáreas cultivadas por pequeños agricultores que utilizan cosechas mixtas generan un puesto de trabajo. El monocultivo mecanizado a gran escala genera un puesto por cada 67 hectáreas. A medida que la agricultura intensifica su dependencia en los combustibles fósiles para producir cantidades ascendentes de gases de efecto invernadero, el campo se vacía, siendo sus residentes empujados a hiperguetos urbanos donde el trabajo es escaso o no existe.

El fundamento técnico para una transición a la producción de alimentos ecológicamente sustentable y con un reducido impacto del medioambiente es conocido hace mucho tiempo. Está disponible, es accesible y no es costoso. Las barreras al cambio son sociales y políticas, no están basadas en la tecnología. Son las barreras erigidas por el cabildeo y el poder político de las CTNs globales de agroalimentos, las cuales han invertido fuerte y probablemente irrevocablemente en tecnologías y métodos de producción que están acelerando el calentamiento global; un régimen internacional de comercio que sistemáticamente refuerza su poder al expandir el control sobre el abastecimiento mundial, el procesamiento y las cadenas minoristas; un régimen de propiedad intelectual que refuerza la dependencia en insumos de alta intensidad, gran contaminación y alta emisión de GEI; finanzas mundiales sin regulaciones; la destrucción sistemática por parte de los gobiernos y de las instituciones financieras internacionales (IFIs) de las investigaciones de interés público, del apoyo y servicios de extensión para la alimentación y la agricultura sustentables; y el acceso desigual a la tierra, el agua y otros recursos vitales.

La forma de proceder – ¡organizar, luchar y ganar!

Detener y revertir el calentamiento global implica derechos. Los órganos de dirección de la UITA exhortaron repetidamente en favor de una transición a la agricultura orgánica, desplazándose de los ingredientes con altos insumos que envenenan a los trabajadores/as y a los alimentos. Las decisiones de los órganos de dirección identificaron la amenaza a la seguridad alimentaria promovida por la OMC, los tratados regionales/bilaterales de comercio e inversiones, la invasión del sistema alimentario por la especulación financiera y el aumento de las apropiaciones de tierras. Lo que se ha vuelto cada vez más evidente es que el neoliberalismo, los agroquímicos tóxicos, la destrucción de los sustentos rurales y la actual violación de los derechos básicos de los trabajadores agrícolas son aspectos interrelacionados de un sistema alimentario que es el mayor factor individual del calentamiento global. Cuanto más se calienta la tierra, más dependiente se torna el sistema alimentario sobre los medios que promueven ese calentamiento y, por ende, el sistema se vuelve más volátil.

No hay nada inevitable acerca de este proceso. El desarrollo de poder sindical para los trabajadores/as agrícolas puede ser un instrumento clave para transformar la agricultura, desde ser una impulsora primordial de emisiones de GEI a una fuente de conservación de recursos y alimentos para todos – siempre que nosotros hagamos las conexiones y la organización a su alrededor. Las peticiones más fundamentales de los trabajadores/as agrícolas – un salario mínimo, empleo estable, un medioambiente seguro de vida y trabajo – ya nos llevan en la dirección de la agricultura sustentable. Organizándose, conquistando sus derechos y alentando el cambio hacia sistemas de producción de cosechas sustentables, con bajos insumos y menos dependientes de combustibles fósiles, los trabajadores/as agrícolas pueden enfriar el planeta.

La función del procesamiento

La extrema concentración en el procesamiento es el motor que impulsa la expansión de monocultivos orientados a la exportación (acelerado posteriormente por la concentración minorista). La agricultura de altos insumos es la expresión posterior de la concentración del procesamiento en cada vez menos unidades de gran

tamaño, con un impacto ecológico cada vez más amplio en el suministro y la distribución, ocasionando costos de transporte más altos y mayor dependencia de los insumos químicos. La progresiva concentración conlleva la destrucción del empleo: en la medida que los negocios locales y nacionales son absorbidos, simplemente hay menos personas empleadas fermentando cerveza, horneando pan, cortando carne, etc. El descenso del empleo en los sectores de la alimentación y bebidas en los últimos años es la consecuencia de presiones económicas y financieras, no el resultado de nuevas tecnologías que ahorran mano de obra (las compañías están tan ocupadas generando “valor para el accionista” como para invertir ya sea en personas o en tecnología).

La volatilidad inducida por el cambio climático en insumos agrícolas acarrea mayor volatilidad a los trabajadores/as a cargo del procesamiento. Una mayor dependencia de los combustibles fósiles, la merma de la biodiversidad y las emisiones incontrollables de GEI se traducen en inseguridad laboral y pérdidas de puestos de trabajo.

Las emisiones de metano del ganado, según ‘*Stern Review*’, representan 31% de las emisiones de GEI de la agricultura. El metano es un GEI 25 veces más potente que el dióxido de carbono y la suba empinada de las emisiones de metano de los últimos años ha sido provocada por el crecimiento de la producción industrializada de carnes y lácteos. Aún más, según la misma fuente, “Los métodos [inadecuados] en la gestión del estiércol, incluyendo el manejo, almacenamiento y tratamiento de los desechos del ganado, causa el 7% de las emisiones agrícolas”.

Las emisiones de metano pueden reducirse y el metano ser recapturado en lugar de liberarlo en la atmósfera, mediante métodos alternativos de producción y procesamiento. Muchas de estas técnicas ya se conocen y están disponibles. No obstante, las inversiones en estas áreas han sucumbido a la lógica de la concentración y a la ambición de las compañías para elevar sus utilidades.

Al igual que en la agricultura, las exigencias básicas de los trabajadores/as de la alimentación – seguridad en el empleo, un medioambiente seguro de trabajo, derechos sindicales – pueden y deben estar asociadas a un programa más profundo para transformar el sistema alimentario. Los trabajadores/as de la alimentación también pueden contribuir a enfriar el planeta.

Este documento fue aprobado por el Comité Ejecutivo de la UITA en su reunión de mayo de 2013 en Ginebra.

Unión Internacional de Trabajadores de la Alimentación,
Agricultura, Hotelería, Restaurantes, Catering, Tabaco y
Afines (UITA)
Rampe du Pont-Rouge, 8
CH-1213 Petit-Lancy
Ginebra

Tel: +41 22 793 22 33
Fax: +41 22 793 22 38
Correo electrónico: iuf@iuf.org
Sitio web: www.iuf.org